

## El Yo individual, el Universo y la Trascendencia

El Yo individual, el Universo y la Trascendencia son los tres elementos que conforman la Existencia. Están jerárquicamente relacionados y esencialmente unidos. Hay un origen de todo cuanto existe que es la Realidad trascendente, la realidad constitutiva y origen de la existencia del universo y del ser humano. Si definiéramos la Trascendencia como Infinito, todas las existencias serían formas finitas de este Infinito que impregna de su chispa de eternidad a todas ellas. Si la nombramos como la triuna Existencia-Consciencia-Deleite, (Sat-Chit-Ananda) todo cuanto es en el universo, es una formación de esa Existencia-Consciencia, creación de su fuerza, que busca el deleite de existir como meta y lo posee secretamente como poder evolutivo: ahí tiene su raíz el anhelo inalienable de felicidad del ser humano

Pero si miramos al universo y al ser humano cuesta reconocer en ellos tal grandiosidad y propósitos tan excelsos. Más bien, en muchas ocasiones, vemos parcialidad, debilidad, duda, limitación e ignorancia, e incluso perversidad y maldad. Cabría preguntarse por qué sufrimos y sentimos nuestra vida como dolor si el poder del deleite está en nosotros, o por qué morimos si la eternidad del Infinito nos ha tocado, o nos preguntamos sobre el porqué de la debilidad, la limitación y la ignorancia si el Infinito que nos habita debe ser poder, plenitud y conocimiento infinito.

Estas cuestiones y otras similares tienen importancia porque el abismo aparente entre ese Infinito-Trascendencia y los otros dos elementos es tan grande que ha llevado a ciertas líneas de pensamiento a negar el primero y a afirmar férreamente al ser humano como independiente de cualquier realidad superior. Negación coherente dada la discrepancia entre las cualidades que se adjudican al creador y la aparente pequeñez del fruto de su creación. Por otra parte, nuestra mente física, que basa todo su conocimiento en los datos que aportan los sentidos físicos, sólo admite la realidad física y encuentra en el materialismo, que toma a la materia como el elemento constituyente de todas las formas de existencia, la negación más extrema de la Trascendencia.

En el lado opuesto, la experiencia espiritual nos puede llevar al contacto de unidad con la Trascendencia de manera tan intensa y real que cuando “volvemos” sentimos la irrelevancia e irrealdad de todo aquello que somos y de lo que nos rodea. Esta intensa experiencia ha llevado a algunas líneas de pensamiento espiritual a negar la realidad “real” del mundo y del individuo y a proclamar como única y realmente real la Realidad trascendente: el universo y la persona individual serían una realidad ilusoria, una trampa de nuestra mente ilusoria e ignorante de la que hay que librarse cuanto antes; o, en el mejor de los casos, el individuo tendría una realidad parcial y relativa destinada a disolverse para siempre en la Realidad suprema.

El espíritu y la materia se niegan mutuamente, el mundo y dios también. Si nos afirmamos en el espíritu, la burda pesadez de la materia en nosotros y fuera de nosotros dificultará, hasta hacerlo casi imposible, nuestro ascenso a las sutiles cumbres de una consciencia mayor. Si buscamos a dios, nos encontraremos a salvo en él, pero en algún más allá, cielo o nirvana, viéndonos obligados siempre a dejar este mundo incorregible donde no se puede satisfacer el anhelo de perfección del alma.

Pero, aunque el espíritu niegue a la materia, el universo, con todos sus mundos físicos y suprafísicos, sigue ahí, dinámico y poderoso. Y aunque las formas existentes en el universo pudieran dejar de existir, el poder dinámico que lo sostiene y la fuerza creativa que lo renueva seguirían siendo eternas, ya se expresen en un despliegue dinámico, ya entren en reposo.

Aunque la materia niegue al espíritu el ser humano recurrentemente busca y buscará eternidad, plenitud e infinito, en él y fuera de él, en la ciega ignorancia o con la luz del conocimiento. La búsqueda ignorante de plenitud y felicidad eterna dan como resultado el incesante deseo vital, tan frecuentemente fuente de mal y perversiones; la búsqueda de plenitud con el conocimiento profundo como guía es un anhelo del alma sabia deseosa de expresar en el mundo la divinidad que la constituye.

Las religiones no han sabido establecer una relación de unión, suficiente y comprensible, entre estos tres grandes elementos y tampoco han podido conciliar los opuestos con los que se expresa la vida: bien y mal, placer y dolor, virtud y pecado, buena fortuna e infortunio, conocimiento e ignorancia, etc. Y todo ello sucede porque no los han podido percibir los procesos que dan sentido a todo lo que en el universo se expresa, o porque los han olvidado la sabiduría durmiente del pasado.

El yogui supremo, el sabio de Calcuta Sri Aurobindo nos ofrece en su Yoga Integral una visión cosmogónica, un conocimiento integral e integrador de estos tres elementos que, por su claridad y adaptación a las exigencias del pensamiento moderno, no tiene precedentes en la historia del conocimiento espiritual. Él rescata la adormecida y críptica sabiduría védica para establecer un sistema integral de autorrealización asentado en una filosofía espiritual sólida que resuelve el conflicto de relación entre los tres grandes elementos de la existencia que hemos expuesto e integra los opuestos que torturan al ser humano en una unidad mayor y en un propósito más elevado de existencia. Él, además, profetiza un futuro de conocimiento, plenitud y deleite de la humanidad como el término final de la expresión de una fuerza evolutiva que ha hecho evolucionar sobre la materia la vida y sobre la vida la mente; y hará evolucionar esta mente humana, parcialmente conocedora y parcialmente ignorante, hacia una supermente, un conocimiento divino transformador que trascienda los opuestos, aúne las contradicciones y

ofrezca al ser humano una vida de plenitud y deleite en este mundo en el que vivimos.

### **Involución y evolución**

El inicio de la existencia del universo y del ser humano en él, se explica por el poder de una Fuerza originaria, que es la fuerza de una Consciencia rectora y directora de su fuerza que, pudiendo haber sido fuerza para el caos, es fuerza que sostiene la armonía dinámica de los casi infinitos componentes del cosmos inabarcable para nuestra mente, físico y suprafísico con sus diversos planos o mundos. Esta Consciencia es una Existencia, no un nihil o vacío, puesto que Ser es Consciencia y Consciencia es Ser. Podríamos decir que la Nada o el Vacío son una manera con la que se expresa la incapacidad humana de aprehender la totalidad del Absoluto o, dicho de otro modo, un modo negativo de afirmar ese Absoluto.

A esta Consciencia que es Existencia y también infinito Deleite -por su propia naturaleza de plenitud e infinitud- le es propia la Fuerza también pura, plena e infinita. No podría existir Consciencia sin Fuerza de igual plenitud y pureza, porque el todo-poder y el todo-conocimiento deben ser, necesariamente, rasgos de la infinita plenitud del Infinito que es infinita Existencia-Consciencia-Deleite puros y plenos.

Pero, esta Fuerza eterna de la eterna Consciencia puede estar en reposo, recogida y concentrada en sí o puede activarse, desplegarse con su poder expresivo y manifestante. Puede, y de hecho lo hace, estar en reposo eterno y, al mismo tiempo, en manifestación dinámica; en inmovilidad permanente y, a la vez, en permanente movimiento; puede limitarse en formas finitas sin dejar de ser Infinito; en relatividades sin perder su esencia de Absoluto; puede ocultarse en las formas materiales de inconsciencia inexpresiva y habitar, pura y plena, en ellas; puede ocultar su conocimiento tras la ignorancia, el deleite tras el dolor, su poder tras la limitación de fuerza, etc. Por ello, la inconsciencia, la ignorancia, el dolor, la debilidad y todo lo relativo y parcial que hace al hombre sufriente y vulnerable, no son valores esenciales en sí, sino manifestación parcial u ocultamiento temporal o perversión de sus valores contrarios absolutos y esenciales. Todas las posibilidades de expresión, tanto en plenitud como en limitación, son manifestación de su infinita fuerza y poder. ¿Cómo podría existir un poder absoluto que no pudiera autolimitarse (sin perder su pleno poder) en formas relativas de poder parcial?

Esta capacidad de manifestación omnimoda y múltiple de la Fuerza es la condición que permite el surgimiento del universo. La armonía que lo preside está sustentada en una casi infinita multiplicidad expresiva de formas que, en su multiplicidad, siguen siendo una sola esencia de la Realidad una o, dicho de otro modo, lo diferente en la forma externa, lo que aparece como diferente, es unidad igual en su esencia y está necesariamente abocado a relaciones de armonía.

Hemos visto la posibilidad de un despliegue de la Fuerza, y el universo y su constante movimiento acreditan que la posibilidad se realizó. Ahora queda explicar como se produjo todo ello.

Este despliegue fue un descenso de la Consciencia pura a la inconsciencia de la materia. Un oscurecimiento, una autolimitación de lo infinito y eterno en el espacio y tiempo finitos que son los parámetros del desenvolvimiento del universo. Podemos afirmar que, sensu estricto, el universo no ha sido creado, sino que es el fruto del devenir de esa Consciencia: la Existencia consciente deviene en formas de su misma esencia de consciencia, quedando su Ser de consciencia no tocado, ni limitado, ni menoscabado por su Devenir. Ya tenemos, por tanto, una relación esencial e inquebrantable entre los tres elementos de la Existencia: el universo y el ser humano son expresión de la Realidad originaria; todas las existencias del universo portan en sí, en su esencia constituyente, la consciencia de esa Consciencia y son expresión múltiple y multiforme de su fuerza. En esto se basa la antigua sabiduría cuando afirma que “todo es Brahman”.

A este descenso lo llamamos involución, un proceso de autolimitación, tal y como hemos visto. Como consecuencia de este descenso y en la medida en que se produce la autolimitación surgen los diferentes planos de existencia: mental universal, vital universal y el universo físico que es el que mejor conocemos nosotros por ser el más accesible a nuestra actual consciencia física. Cada plano -mental, vital y físico- tiene su propia energía específica y su propia capacidad de manifestación de consciencia, mayor en el plano mental y menor, casi nulo, en el plano físico, aparentemente subordinado a la inconsciencia. Todos estos planos, y otros posibles, son dependientes de la Fuerza, que es la energía trascendente y universal de la cual dependen todo movimiento, acción, formación y existencia en el universo. Y como directora y guía de esta manifestación universal está la que Sri Aurobindo denomina Supermente, el Conocimiento divino, que es el enlace entre la Existencia-Consciencia-Deleite (Sat-Chit-Ananda) y su manifestación en el universo.

El nivel más bajo de involución es el universo físico, donde la consciencia parece quedar apresada en la oscura rigidez inerte de la materia. Pero todo lo que ha involucionado debe evolucionar por el mismo poder de manifestación inherente a la Fuerza y porque el objetivo final de la involución es la propia evolución, la manifestación de lo oculto. No parece, por tanto, que el destino de la Consciencia-Fuerza que se manifiesta en el Universo sea el de permanecer por siempre en la inexpresiva oscuridad de la materia inconsciente. Más bien es la semilla que cae, según el ejemplo de Sri Aurobindo. Cae y debe permanecer oculta en la oscuridad de la tierra, como ocultando su propia existencia, para que pueda germinar. Ella es ya, en su diseño evolutivo y en su potencialidad, árbol del Árbol de donde cayó. Ella es perfecta en su esencia seminal, pero no lo es en su manifestación: todavía

no puede expresar el árbol que llegará a ser. Al proceso que la llevará a ser un árbol igual a aquel del que cayó, lo llamamos evolución.

Tenemos la materia como término final de la involución. Y lo que ha sido el término final de la involución será el primero de su correspondiente proceso de evolución. Por tanto toda la evolución universal parte de la base de la materia. Y sobre la Materia surge la Vida y sobre la Vida la Mente. Podríamos lícitamente preguntarnos cómo pueden darse saltos tan grandes que a nuestra mente le resulta difícil imaginar.

Hay factores de presión que hacen posible el progresivo surgimiento de una consciencia cada vez mayor sobre la inconsciencia original de la materia. En el proceso de involución hemos visto la formación de los planos de Mente universal y Vida universal, además del plano de la Materia. Y también la Supermente que gobierna con su Conocimiento y sostiene con su Fuerza a todo lo demás. Ahora, en la evolución, el plano de la Vida presiona sobre la Materia para el surgimiento de la vida en él. El plano de la Mente presiona sobre la Vida para el surgimiento de mente en él; y ambos son presionados por la Consciencia-Fuerza rectora para manifestar la consciencia anidada en ellos. Todo esto es el propósito de una fuerza universal, la Naturaleza, que, con la guía de la Consciencia detrás, va estableciendo las condiciones de evolución y transmitiendo la fuerza para ello. Además hay otro factor de presión que actúa desde dentro, la chispa de consciencia que habita y conforma todas las existencias. Esto es más notorio en el ser humano por su mayor capacidad de atender a esta presión, ya que el velo que separa su consciencia externa y su consciencia interior puede ser rasgado más fácilmente y el ser humano puede recibir por diferentes vías la sugestión y la guía interior. En el ser humano quien tiene el sentido innato de universalidad y de trascendencia es el ser psíquico, que es su yo evolutivo con un sentido inherente de la verdad; la semilla evolutiva, su núcleo de consciencia que presiona desde dentro a todo el ser individual para crear las condiciones de autorrealización que puedan expresar una mayor consciencia y divinidad. Desde arriba la fuerza de la Supermente nos atrae hacia sí y también desciende sobre nosotros para transformarnos, para que todo lo inferior en nosotros se convierta en expresión de conocimiento divino sobre la tierra. Desde dentro, nuestro yo más verdadero emerge y, situándose al frente del ser, nos impulsa a un ascenso evolutivo hacia la Trascendencia, como el cachorro recién nacido busca con su conocimiento innato el contacto con su madre

Además de lo anterior, conviene resaltar que la energía mental del ser humano se nutre del flujo de energía mental universal. Lo mismo podríamos decir de su energía vital; y de nuestra indiscutible dependencia del mundo físico no haría falta ni hablar. Los planos surgidos en el proceso de involución son ahora elementos imprescindibles para la evolución. Por tanto, queda patente también la permanente relación-dependencia del ser humano respecto al Universo, sus planos y energías

y, por elevación, del mismo modo su relación-dependencia original respecto a la Trascendencia y a su Fuerza que todo lo alimenta.

Acabamos de ver la dependencia que el ser humano tiene de las energías y planos universales, pero el universo “necesita” del ser humano para coronar aquello que ha sido su destino desde siempre, aquello que, a través de la evolución, busca expresar en sí: una existencia de consciencia pura, puro conocimiento y poder, puro deleite de existir, deleite puro que será la expresión más sublime de la Divinidad en el mundo y que sólo, que sepamos, podrá ser expresada en el ser humano. Este es el sentido del universo y del ser humano en él. Su realidad real es una Consciencia que habita y constituye todo lo que en él existe. El universo tiene sentido porque por medio de la evolución en él se van estableciendo progresivamente los grados de expresión de esta consciencia a través de los diferentes niveles de evolución. Su destino final es manifestar esa consciencia en plenitud: la divinidad en el ser humano en este mundo y no en algún más allá.

Pero esta voluntad evolutiva de la Divinidad se rige por unas leyes de evolución, y una de ellas es la progresividad. Si partiendo de la materia la evolución expresa vida y sobre la vida mente y trata incluso de superar el estado actual de mente humana, hasta alcanzar la gnosis divina de la Supermente, claramente podemos constatar esta progresividad. Este ir de menos a más expresa un tránsito de lo inferior a lo superior, de lo limitado a lo ilimitado, de lo parcial a lo absoluto, de lo finito a lo infinito, de la ignorancia al conocimiento, de lo temporal perecedero a lo eterno inmortal, del sufrimiento al deleite puro de la existencia, etc. Y aquí, entre los dos extremos señalados puede haber muchos grados en esta “escalera de la autotrascendencia” apropiándonos de la expresión de Sri Aurobindo.

Este progresivo crecimiento explica muy bien el sentido de la limitación y debilidad humanas, el sentido del error, de aquello que llamamos mal, egoísmo, perversión, etc., en definitiva, de estos elementos negativos que tanto han atormentado al ser humano. Simplemente son una expresión de carencia, parcialidad o insuficiente desarrollo en la manifestación de los valores esenciales de la consciencia divina en nosotros: poder, conocimiento, belleza, bondad, amor y unión con todos los seres. Detrás de cada elemento negativo está la pulsión para expresarse de su contrario positivo esencial. Lo negativo no tiene realidad de esencia, sino realidad relativa circunstancial; sólo indica un estado de insuficiente desarrollo. En un mundo que camina a una perfección mayor partiendo de una imperfecta manifestación de consciencia, lo negativo tiene cabida y sentido temporal y es inevitable porque expresa el propio estado de imperfección en el que nos encontramos en cada momento, pero si tuviera valor esencial sería permanente, e inútil nuestro esfuerzo por superarlo. Además, sin oposición no habría evolución, porque la oposición indica todo aquello que se resiste a ser transformado para alcanzar un propósito evolutivo de perfección y esa oposición y resistencia reclama y apela directamente al desarrollo de los poderes en nosotros que superen la oposición. Sin embargo, a veces, juzgamos como negativo a todo lo que en la vida no concuerda con nuestro

deseo y expectativas, como si la vida y sus circunstancias tuvieran que adaptarse a nuestros intereses y expresarse de acuerdo con ellos. Este egocentrismo vital nos impide disfrutar de la “adversidad” como una oportunidad de cambio y progreso.

Toda carencia, limitación, debilidad, etc., en definitiva todo sufrimiento tiene su origen en la ignorancia de quiénes somos en nuestro ser verdadero más profundo y, por tanto, en la ignorancia de nuestros poderes y potencialidades, en la ignorancia de nuestras relaciones con todas existencias del universo, en nuestra ignorancia de la Trascendencia por encima de nosotros, alrededor de nosotros y en nosotros mismos, ignorancia que nos impide conectar y ser conectados por su poder y conocimiento. Pero esta ignorancia no es ni esencial ni total. Es la expresión de un estado evolutivo actual del desarrollo humano y tras ella está el inagotable impulso del poder del Conocimiento y del Deleite que buscan y tratan de establecer las condiciones para expresarse. El pecado, por tanto, no existe, existe la ignorancia que nos lleva al sufrimiento. Este sufrimiento, en los estadios inferiores de desarrollo, puede tener su función evolutiva porque nos puede indicar aquello que debemos corregir, el error que no debemos volver a cometer, y nos empuja a un aprendizaje continuo, y nos obliga a buscar en nosotros la actualización de nuestras facultades y el desarrollo de nuestros poderes para poder superar aquello que nos hace sufrir. Es decir, la adversidad, el infortunio, lo “negativo” en nuestra vida se nos puede presentar como una buena oportunidad de progreso y aprendizaje.

No obstante, en la práctica del yoga el aprendizaje debe ir desprendiéndose del sufrimiento como acicate para el progreso. Debe ser, cada vez más, una búsqueda del conocimiento por el amor a la Verdad, por la necesidad de expresar en nosotros aquello que debe ser manifestado. El sufrimiento como impulsor del cambio es sustituido entonces por una poderosa aspiración del alma para expresar y ser instrumento de expresión de la divinidad en nosotros.

Cuando no se tiene en cuenta el proceso de involución desde la Consciencia hasta la Materia y de evolución desde la Materia hasta la Consciencia que de sentido a la unión de ambos, se crea un abismo infranqueable entre la Trascendencia -la Realidad- y el universo, entre el Espíritu y la Materia, entre Dios y el ser humano. Entonces se impone la tentación de negar al uno y afirmarnos en el otro. Si afirmamos el Espíritu debemos negar la Materia, si afirmamos la Materia debemos negar al Espíritu. Cuando comprendemos los dos procesos, involución-evolución complementarios, aprendemos que todo lo existente en el universo es el devenir, el despliegue de fuerza de esa Consciencia que constituye formas de su misma esencia de consciencia. Queda superado el abismo: la materia sólo es una de las formas que toma el Espíritu en su manifestación en el universo. El Espíritu es el constituyente y esencia de todas las formas manifestadas, incluida la materia. Es

por esto que la semilla que cayó del Árbol-Consciencia en la involución parece destinada a manifestar esa misma Consciencia original en el universo.

Las religiones, en general, no han percibido (o han olvidado) este doble proceso complementario por el que el ser humano y el universo toman sentido como realidad de la Realidad, como voluntad divina para su manifestación. Ya no son un sinsentido o una realidad ilusoria o una condena al sufrimiento en este valle de lágrimas. Por no tener presente o desconocer este doble proceso tienen que condenar al mundo como incompatible con una plena realización espiritual y situar la salvación fuera de él; o tienen que poner sobre el ser humano un estigma indeleble de pecado que explique su egoísmo e imperfección. Para superar el abismo creado entre Dios y su creación se necesita un redentor que en un gesto radical de autoentrega salve a sus propias criaturas del pecado original y del pecado adquirido ambos inherentes al propio hecho de existir.

Si este Infinito lo es en todos sus poderes no puede haber nada que escape a su intención, a su voluntad, a su conocimiento, nada a lo que no haya dado su fiat, su consentimiento. Si el universo y el ser humano están ahí, parece coherente adjudicarles algún propósito del Infinito sobre ellos, que no sea contrario o sea ajeno a su propia esencia de consciencia, sino que, más bien, este propósito del Infinito sea la manifestación más pura posible de esa consciencia en el universo.

Isidro Rikarte